

# Mitos que matan. La narrativa del «conflicto vasco»\*

Gaizka Fernández Soldevilla

IES Marqués de Manzanedo

*Resumen:* En este artículo se analiza cuándo se construyó y cómo funciona el relato de un secular «conflicto» entre vascos y españoles, viga maestra de la cultura política de ETA y el nacionalismo vasco radical. En primer lugar, se estudia el patrón general de las narrativas del nacionalismo. En segundo término, se rastrean las fuentes intelectuales de la saga: la obra de Sabino Arana. Tercero, se atiende a la transformación que experimentó el canon aranista tras la Guerra Civil y la dictadura y su influencia en la primera generación de etarras, la que comenzó a matar en 1968. En cuarto lugar, se señala cómo los intelectuales orgánicos del nacionalismo vasco radical han propiciado la continuidad del fenómeno terrorista. Por último, se reflexiona sobre la importancia política de los relatos históricos en el presente del País Vasco.

*Palabras clave:* País Vasco, nacionalismo vasco radical, ETA, terrorismo, discurso, cultura política.

*Abstract:* This article discusses how and when the story of a secular conflict between Basques and Spaniards was invented, which constitutes the main characteristic of the political culture of ETA and Basque rad-

---

\* El presente artículo tiene su origen en dos conferencias: impartí la primera en la Sociedad «El Sitio» (Bilbao, 15 de octubre de 2013) y la segunda en el marco de las XI Jornadas de COVITE (San Sebastián, 26 de noviembre de 2013). Agradezco la invitación de los organizadores, así como las valiosas observaciones del público asistente. También he de hacer lo propio con José Luis de la Granja, Jesús Casquete, Martín Alonso, Raúl López Romo y Virginia Gallego, quienes han tenido la gentileza de revisar el borrador.

ical nationalism. Firstly, the author studies the general pattern of the nationalist narratives. Secondly, the intellectual origins of the saga, specifically the work of Sabino Arana, are studied. Thirdly, the author examines the transformation of Arana's canon after the Civil War and Franco's dictatorship and its influence on the first generation of ETA members, who started killing in 1968. Fourthly, the article points out how the radical nationalist intellectuals have fostered the continuity of terrorism. Finally, the author reflects on the current role of these historical narratives in Basque politics.

*Keywords:* Basque Country, Basque radical nationalism, ETA, terrorism, discourse, political culture.

## Introducción

El 20 de octubre de 2011, después de cincuenta y dos años de historia y casi 850 víctimas mortales, ETA (*Euskadi Ta Askatasuna*) (País Vasco y Libertad) anunció el «cese definitivo de su actividad armada». De tal forma esperaba propiciar «una solución justa y democrática al secular conflicto político»<sup>1</sup>. Por descontado, los etarras no se habían acostado violentos para despertarse adalides del civismo y la tolerancia. Su apuesta por los cauces institucionales estaba forzada por la efectividad de la acción policial y judicial. Además, era meramente táctica. Dando la vuelta a la sentencia de Carl von Clausewitz, la banda terrorista contemplaba la política como la continuación de *su* «guerra» por otros medios.

ETA y su entorno civil, la autodenominada «izquierda *abertzale*» (patriota), denominan a su particular guerra «el conflicto vasco»: una contienda étnica en la que los invasores españoles y los invadidos vascos llevarían enzarzados desde hace centurias. Esta visión del pasado de Euskadi ha hecho fortuna, lo que se refleja en su extensión a ámbitos ajenos al nacionalismo radical. Gracias a su bien engrasado aparato de propaganda, que ahora cuenta con apoyo institucional, se ha promocionado una reescritura de diferentes episodios históricos para hacerlos encajar en la tesis del «conflicto»: las revueltas bagaudas en el Bajo Imperio Romano, la relación de los vascones con la monarquía visigoda, la derrota franca en Roncesvalles (778), las legendarias batallas medievales narradas por

---

<sup>1</sup> *El Correo*, 21 de octubre de 2011.

Sabino Arana, la anexión de Navarra en 1512, la conflictividad social en la Vizcaya de la Edad Moderna, las guerras carlistas del siglo XIX, la civil del siglo XX o los atentados de ETA.

La historiografía académica, evidentemente, apunta hacia otra dirección. No hay prueba alguna de que todos estos hechos fueran fruto de las supuestas agresiones «españolas» a una nación vasca *avant la lettre*. Tampoco existe un hilo de continuidad entre los vascones que vencieron a la retaguardia del ejército de Carlomagno, los defensores navarros del castillo de Maya (1522), las tropas del general Tomás de Zumalacárregui, la partida guerrillera del cura Santa Cruz, los *gudaris* (soldados nacionalistas vascos) de 1936 y los militantes de ETA. La de la «izquierda *abertzale*» no ha sido una guerra real, sino una «guerra imaginaria», como la bautizó Antonio Elorza<sup>2</sup>. Como tal, el «conflicto vasco» sólo ha existido sobre el papel.

No obstante, la pluma y la espada pueden ser igual de efectivas. La hábil construcción y difusión de la narrativa histórica del nacionalismo vasco radical ha conseguido que, a la postre, esta contienda ficticia tenga algunas de las consecuencias políticas que hubiera tenido una guerra auténtica. En opinión de Walker Connor, «los mitos varían enormemente en cuanto a su concordancia con la realidad. Ahora bien, sean cuales fueren sus fundamentos reales, los mitos engendran su propia realidad, ya que, por lo general, lo que más relevancia política tiene no es *la realidad*, sino lo que la gente cree que es real»<sup>3</sup>.

El presente artículo no pretende agotar un tema tan complejo y con tantas ramificaciones como el del relato histórico del «conflicto vasco», tarea para la que se necesitaría un espacio mucho mayor. De lo que aquí se trata es de realizar un acercamiento a los orígenes intelectuales de dicho concepto, estudiar cómo y por qué ha servido de fundamento discursivo para la acción de ETA y su entorno, e identificar los principales efectos que ha tenido en la historia reciente de Euskadi, así como, al menos superficialmente, sus implicaciones en el presente. El primer paso para lograrlo es enten-

---

<sup>2</sup> Antonio ELORZA: *La religión política. «El nacionalismo sabiniano» y otros ensayos sobre nacionalismo e integrismo*, San Sebastián, R&B, 1995, p. 49.

<sup>3</sup> Walker CONNOR: *Etnonacionalismo*, Madrid, Trama, 1998, p. 135.

der el mecanismo que hace que funcionen las narrativas históricas del nacionalismo en general.

### La estructura triádica de la retórica nacionalista

De una forma u otra, todo movimiento político descansa en una interpretación subjetiva de la historia. Ésta adquiere una relevancia de primer orden en el nacionalismo, ya que, a decir de Luis Castells, «la historia constituye un pilar a la hora de fundamentar su proyecto político, haciendo del pasado y de las “imaginadas” huellas comunes o gestas bélicas, soporte desde el que construir sus aspiraciones de carácter comunitario»<sup>4</sup>. Para justificar su existencia los patriotas necesitan mitos y, por consiguiente, utilizando la expresión de Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger, inventan su propia tradición<sup>5</sup>. Ahora bien, no necesariamente lo hacen *ex nihilo*, ya que a veces les basta con reciclar elementos precedentes o hacer una lectura selectiva de los acontecimientos, borrando algunos y magnificando otros.

A pesar de que suelen declararse únicos e irrepetibles, los relatos históricos de los movimientos nacionalistas, al menos de aquellos que carecen de estado propio y radican en el mundo occidental, respetan un patrón casi idéntico. Como ha observado Antonio Muñoz Molina, «cambian las banderas y las épocas, el nombre del pueblo sacrificado y el del enemigo, pero no el drama aleccionador, el sobrecogimiento de saber lo que nuestros antepasados hicieron por nosotros»<sup>6</sup>. Siguiendo el estudio de Matthew Levinger y Paula Franklin Lytle, quienes beben de las teorías de Anthony Smith, se trata de la estructura triádica de la retórica nacionalista, la cual hunde sus raíces en la del cristianismo (paraíso, caída y redención). Tres periodos consecutivos en la «historia» de la nación que con-

---

<sup>4</sup> Luis CASTELLS: «Introducción», en Luis CASTELLS y Arturo CAJAL (eds.): *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)*, Madrid, Marcial Pons, 2009, p. 15.

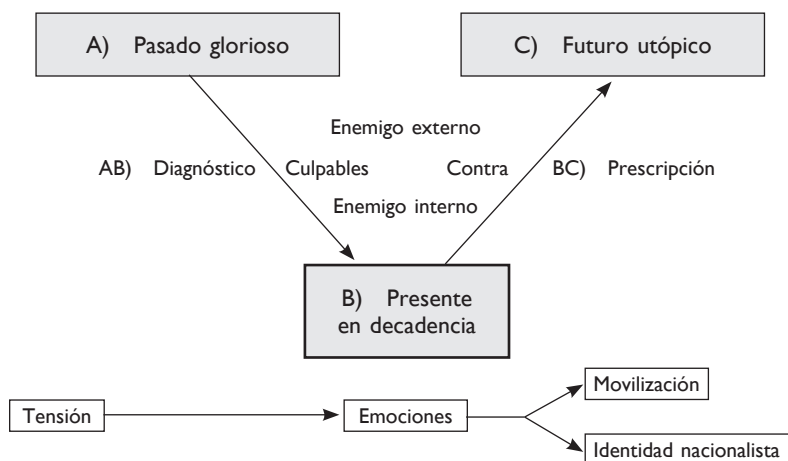
<sup>5</sup> Eric J. HOBBSAWM y Terence RANGER (eds.): *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.

<sup>6</sup> Antonio MUÑOZ MOLINA: *Todo lo que era sólido*, Barcelona, Seix Barral, 2013, p. 84.

forman una unidad narrativa sencilla, cerrada, coherente, textualmente significativa, verosímil y fácilmente comprensible<sup>7</sup>:

GRÁFICO 1

## Estructura triádica de la retórica nacionalista



Fuente: Matthew LEVINGER y Paula Franklin LYTLE: «Myth and mobilisation: the triadic structure of nationalist rhetoric», *Nations and Nationalism*, 7 (2001), p. 186.

A) Una edad de oro en la que la patria, que ocupaba su territorio natural, era independiente, virtuosa, cohesionada, homogénea y feliz. Sus características singulares (a elegir una o varias: raza, lengua, cultura, religión, etc.), amén de sus logros excepcionales, convertían a la nación en diferente (y en el fondo superior) a sus vecinos, con los que nunca se mezcló y a los que nunca agravió. Sin embargo, éstos envidiaban tan brillante Arcadia.

<sup>7</sup> Matthew LEVINGER y Paula Franklin LYTLE: «Myth and mobilisation: the triadic structure of nationalist rhetoric», *Nations and Nationalism*, 7 (2001), pp. 175-194, y Anthony D. SMITH: *Myths and Memories of the Nation*, Nueva York, Universidad de Oxford, 1999. Sobre el concepto de narrativa véase Concha ROLDÁN: *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la historia*, Torrejón de Ardoz, Akal, 1997, p. 177.

AB) El pasado glorioso finalizó dramática y abruptamente a consecuencia de la intervención de un agente externo (normalmente una conquista militar, ya sea total o parcial) y/o interno (autóctonos traidores o cuerpos extraños infiltrados en el seno de la sociedad). Verbigracia, la batalla del Campo de los Mirlos (Kosovo) en 1389 para el nacionalismo serbio, la capitulación del reino de Granada en 1492 para un sector del andaluz, el 11 de septiembre de 1714 para el catalán, el Tratado de Versalles para el alemán, etc. El diagnóstico de culpabilidad constata una serie de pérdidas dramáticas, distingue al enemigo, marca una frontera étnica entre el «nosotros» y el «ellos», y, al contemplar a la nación como una víctima colectiva inocente, autoriza la recuperación de lo que es suyo por derecho o incluso la revancha.

B) El presente es testigo de la agonía terminal de la patria, que se sitúa al borde de la desaparición como consecuencia de su decadencia en todos los órdenes y de la progresiva pérdida de su autogobierno, sus señas de identidad y su ancestral uniformidad. La responsabilidad del desastre recae en la degradación y la pasividad propias, pero, sobre todo, en la acción consciente del enemigo.

BC) A partir de tal amenaza a la existencia nacional el canon permite interpretaciones divergentes, cada una de las cuales marca su peculiar solución para regenerar y liberar a la patria, el quién y el cómo enfrentarse al enemigo: un partido político, un sindicato, un ejército regular, una guerrilla, una organización terrorista... Y es que, si se hace una lectura extremadamente literal y belicista del relato identitario, el sagrado fin justifica los medios violentos<sup>8</sup>.

C) Después del sacrificio, la redención y la victoria, se vislumbra un futuro utópico, que no es más que la recuperación de lo que supuestamente se perdió: la soberanía nacional, los territorios irredentos, la pureza de la lengua o la raza... En definitiva, la edad de oro. El nacionalismo encierra, por consiguiente, un mensaje reaccionario, aunque el pasado al que se intenta «volver» sea más o menos fantasioso.

Como en cualquier sistema de comunicación, el mensaje (la narrativa) precisa de un emisor (los intelectuales orgánicos del nacio-

---

<sup>8</sup> Martín ALONSO: «Estructuras retóricas de la violencia», en Antonio RIVERA y Carlos CARNICERO (eds.): *Violencia política. Historia, memoria y víctimas*, Vitoria, Maia-Instituto «Valentín de Foronda», 2010, pp. 101-165.

nalismo, ya sean pintores, músicos, profesores, periodistas, escritores o historiadores), un receptor (la ciudadanía) y cierto número de canales a través de los cuales transmitirse: medios de comunicación, centros educativos, teatro, cine, conciertos, mítines, monumentos, conmemoraciones rituales, manifestaciones, editoriales, librerías, fiestas populares, etcétera<sup>9</sup>.

¿Cómo se explica la eficacia del relato histórico del nacionalismo? Lvinger y Lytle lo atribuyen a la «tensión explosiva» que se acumula en las dicotomías irreconciliables entre los distintos episodios que lo componen. Perfectamente se podría añadir la oposición maniquea entre dos tipos de personajes planos: «los malos», culpables de la ruina nacional, y «los buenos». A juicio de Muñoz Molina, «sin hacer más esfuerzo que el de ser de donde eres ya posees el privilegio de un origen único, que [...] te ofrece la confortable posibilidad de contarte entre los perseguidos, las víctimas y los héroes sin necesidad de padecer personalmente ningún sufrimiento». Así se suscitan una serie de emociones tractoras en el receptor del mensaje (el victimismo, el resentimiento y muy especialmente el odio) que le impulsan a sentir que forma parte de un grupo (identidad nacional) y a movilizarse por una causa percibida como noble<sup>10</sup>.

El poder de persuasión de esta narrativa responde también a su relación con el «pensamiento primario» del ser humano y, más concretamente, a nuestra predisposición a imputar a otros «la responsabilidad de los acontecimientos desagradables», así como a la «tendencia a la hipersimplificación, que se expresa en su preferencia por explicaciones monocausales». En otras palabras, la estructura triádica de la retórica nacionalista nos libera de responsabilidades mientras nos proporciona una figura simbólica a la que culpar de todo lo negativo: un chivo expiatorio para las frustraciones personales y colectivas<sup>11</sup>.

El protagonista de la narrativa es el héroe: un ser humano extraordinario que arriesga su vida para plantar cara al enemigo de la

---

<sup>9</sup> Véase al respecto el dossier que sobre los procesos de nacionalización apareció en *Ayer*, 90 (2013), editado por Alejandro Quiroga y Ferran Achilés.

<sup>10</sup> Matthew LEVINGER y Paula Franklin LYTLE: «Myth and mobilisation...», y Antonio MUÑOZ MOLINA: *Todo lo que era sólido*, p. 86.

<sup>11</sup> Martín ALONSO: *Universales del odio. Creencias, emociones y violencia*, Bilbao, Bakeaz, 2004, pp. 110-111.

patria. Sus decisiones y actos son percibidos como arriesgados, osados, altruistas, provechosos y modélicos. En caso de que su compromiso le lleve a la muerte, el héroe es elevado a una categoría superior: la de mártir nacional. Este tipo de personajes tiene la función de aunar a los creyentes, confirmar su identidad territorial y potenciar la movilización: se publicitan como un atractivo ejemplo a imitar, sobre todo para los jóvenes<sup>12</sup>.

Yael Tamir añade al elenco la capacidad del nacionalismo de vincular el bienestar del individuo al destino de la patria y de contextualizar toda acción humana en las coordenadas de la narrativa histórica. De esta manera se da sentido pleno a su existencia, dotándoles de «canales adicionales para su plena realización, lo que hace que sus vidas resulten más gratificantes». Llevado al extremo, el de la patria se convierte en su «proyecto fundamental», al que quedan subordinados el resto de objetivos<sup>13</sup>.

Otro de los puntos fuertes del canon nacionalista es que resulta prácticamente impermeable a la crítica racional. Aún ante pruebas que lo invaliden de manera total o parcial, su naturaleza de sistema autorreferencial, cerrado y coherente hace que en él impere «la lógica narrativa». Quien lo adopta como parte sustantiva de su fe sólo da por cierto aquello que se adecua a la «verdad narrativa». Cualquiera «verdad histórica» que contradiga la retórica de la patria, sobre todo si proviene del exterior, es relativizada o rechazada como una mentira interesada<sup>14</sup>.

Si bien revisar el canon desde dentro del grupo no es tarea fácil, tampoco se trata de algo imposible, como demuestra la evolución de EE (*Euskadiko Ezkerra*) (Izquierda de Euskadi) de Mario Onaindía y Juan Mari Bandrés. Por descontado, atreverse a desmitificar la base legendaria del relato nacionalista puede traer aparejado un alto precio: ser estigmatizado como «traidor», sufrir la ex-

---

<sup>12</sup> Jesús CASQUETE: *En el nombre de Euskal Herria. La religión política del nacionalismo vasco radical*, Madrid, Tecnos, 2009, pp. 52-63.

<sup>13</sup> Yael TAMIR: «Pro patria mori! La muerte y el Estado», en Robert MCKIM y Jeff McMAHAN (coords.): *La moral del nacionalismo*, vol. II, Barcelona, Gedisa, 2003, pp. 68-69.

<sup>14</sup> Martín ALONSO: *Universales del odio...*, y Robert E. GOODIN: «Convenciones y conversiones o ¿por qué es a veces tan espantoso el nacionalismo?», en Robert MCKIM y Jeff McMAHAN (coords.): *La moral del nacionalismo*, vol. I, Barcelona, Gedisa, 2003, p. 147.



clusión social y, en el peor de los casos, exponerse a la venganza de los excamaradas<sup>15</sup>.

En última instancia, como ha indicado Martín Alonso, cabe la posibilidad de que una versión exaltada del canon nacionalista se utilice para justificar el empleo de la violencia, ya que proporciona «la idea de necesidad por partida doble [...] Lógica, porque la forma narrativa presenta la solución como conclusión a unos antecedentes históricos que hacen el papel de premisas; sociológica, porque esa respuesta o desenlace adquiere el valor de una exigencia para la supervivencia del grupo, de un imperativo existencial»<sup>16</sup>.

### La narrativa aranista

El nacionalismo vasco se amolda perfectamente a este modelo teórico. Al fin y al cabo, como sostiene Manu Montero, el *abertzalismo* «tiene su propia y privativa versión de la historia, y ésta informa o impregna de cerca toda su ideología, de la que resulta difícil diferenciarla»<sup>17</sup>. Ha ocurrido así desde sus orígenes: el propio Sabino Arana elaboró el primer prototipo de la estructura triádica de la retórica nacionalista vasca, modelo de la prolífica literatura histórica *abertzale* que posteriormente ha ido ampliando y perfeccionando la saga. Basta echar un vistazo a sus escritos, en los que recurría sistemáticamente al pasado de Vizcaya para justificar su integrismo católico, su *antimaketismo* (el odio a los inmigrantes, *maketos*) y su horizonte independentista. En palabras de José Luis de la Granja, para el fundador del PNV (Partido Na-

---

<sup>15</sup> Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA: *Héroes, heterodoxos y traidores. Historia de Euskadiko Ezkerra (1974-1994)*, Madrid, Tecnos, 2013, e íd.: «El precio de pasarse al enemigo. ETA, el nacionalismo vasco radical y la figura del traidor», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 35 (2013), pp. 89-110.

<sup>16</sup> Martín ALONSO: «El síndrome de Al-Andalus. Relatos de expoliación y violencia política», en Jesús CASQUETE (ed.): *Comunidades de muerte*, Barcelona, Anthropos, 2009, p. 23.

<sup>17</sup> Manuel MONTERO: *La forja de una nación. Estudios sobre el nacionalismo y el País Vasco durante la Segunda República, la Transición y la democracia*, Granada, Universidad de Granada, 2011, p. 105.

cionalista Vasco), «la historia [...] se convierte en un mero instrumento al servicio de la política, en un vehículo de propaganda de su doctrina para inculcar a los vascos una conciencia nacional y tratar de incorporarles a su movimiento»<sup>18</sup>. Para desgracia de Arana, la historia no le daba la razón. Él mismo se lo confesó a su amigo y heredero al frente del partido Ángel Zabala en una carta de junio de 1901:

«Es tan desfavorable el juicio que la mayor parte de los actos transcendentales realizados por nuestros antepasados en el curso de nuestra historia me merecen, con acerbo dolor de mi alma, y tan terrible la calificación que a los actos les daría y los cargos que le haría al sujeto, que tiemblo cada vez que me siento inclinado a tratar de la historia de mi patria. Cuanto más avanzo en edad, más aumentan ante mis ojos el número y la gravedad de los yerros históricos de nuestra raza y de sus defectos y vicios, así en el pasado como al presente»<sup>19</sup>.

Arana prefirió no reflejar en sus textos «los yerros históricos» de la «raza vasca» y despreció, por «españolistas», los trabajos y la metodología de los historiadores. Para construir su narrativa se sirvió tanto de su fértil imaginación como, reinterpretándola en clave independentista, de la tradición que carlistas, integristas y fueristas habían inventado (o a su vez reinventado) para legitimar sus particulares aspiraciones políticas<sup>20</sup>. Algunos de los mitos históricos de tales movimientos eran incompatibles con el nuevo relato *abertzale*, por lo que fueron suprimidos. Es lo que les ocurrió al vascocantabrisismo y al tubalismo, que implicaban la idea de que los vascos eran los auténticos y primitivos españoles. Otros episodios, como la apócrifa batalla medieval de Arrigorriaga, necesitaron una profunda revisión para encajar en el molde del canon aranista. Veamos en qué consistía este:

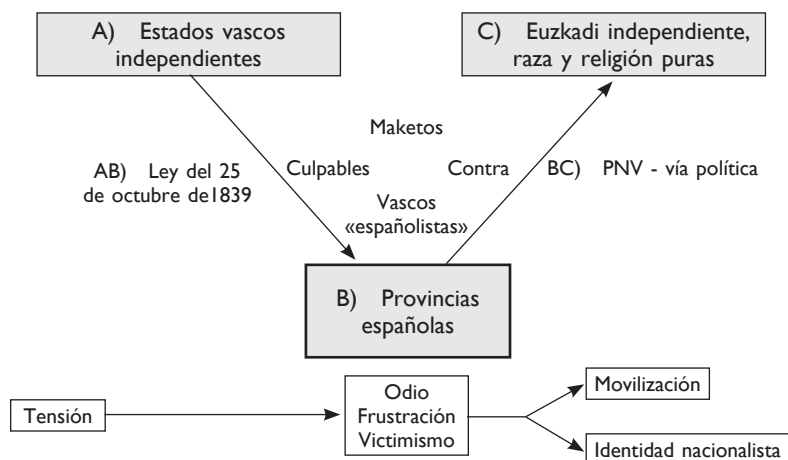
---

<sup>18</sup> José Luis DE LA GRANJA: *El siglo de Euskadi. El nacionalismo vasco en la España del siglo XX*, Madrid, Tecnos, 2003, pp. 151-166, y Antonio ELORZA: «El nacionalismo vasco: la invención de la tradición», *Manuscrits*, 12 (1994), pp. 183-192.

<sup>19</sup> Citado en José Luis DE LA GRANJA: *El siglo de Euskadi...*, p. 151.

<sup>20</sup> Jon JUARISTI: *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, Taurus, 1998 (1.ª ed., 1987).

GRÁFICO 2  
Narrativa histórica de Sabino Arana



Fuente: Elaboración propia.

La nación vasca, creada por Dios en la noche de los tiempos, conoció una milenaria, virtuosa y próspera edad de oro en la que habitaba «cuatro estados euskerianos» independientes, los cuales estaban caracterizados por la pureza racial, el cristianismo, la democracia foral y la armonía social (una virtuosa sociedad rural, igualitaria, pacífica, etc.). Tan bucólica situación se vio periódicamente amenazada por incursiones extranjeras: romanos, visigodos, francos, musulmanes e impíos y racialmente inferiores españoles, la antítesis de la católica y moral Euzkadi. Siempre celosos de su libertad, los vascos rechazaron a los invasores con las armas en la mano, como ocurrió en Arrigorriaga en el siglo IX. El episodio nos proporciona una buena muestra del modo de proceder de Arana al escribir «historia».

La versión primigenia de tan legendaria batalla campal provenía del siglo XIV, pero la más conocida durante largo tiempo fue la que Lope García de Salazar plasmó una centuria después. La acción transcurría en plena guerra entre el reino de León y el condado de Castilla, del que Vizcaya formaba parte. La amenaza de un

ejército leonés dedicado a saquear Vizcaya obligó a sus moradores a acudir a *Jaun Zuria* (Señor Blanco), un personaje de ascendencia real escocesa, para que les comandase en batalla. El choque tuvo lugar en Padura, que, a partir de entonces, fue conocida como Arrigorriaga (piedras rojas) por la abundante sangre derramada. Victoriosos, los vizcaínos reunidos en Guernica tomaron a don *Zuria* como Señor, quien por su parte juró respetar los privilegios ancestrales de sus nuevos vasallos, siendo este pacto la génesis del Señorío. El mito fue reproducido con distintas variaciones (Andrés de Poza en el siglo XVI o el fuerista Vicente Arana en el siglo XIX) hasta llegar a Sabino Arana, quien en su recopilación de artículos *Bizkaya por su independencia* (1892) introdujo novedades que trastocaron completamente su significado. Primero, para él Vizcaya carecía de vínculos con Castilla, con lo que desaparecía la razón del ataque leonés. Es más, el territorio había sido independiente desde el alumbramiento de la raza vasca. En segundo término, el Señor *Jaun Zuria* ya no descendía de una familia real extranjera, sino que se trataba de un humilde hijo de la tierra. Además, perdía el papel protagonista, que Sabino transfería colectivamente a los habitantes de Vizcaya. No era de extrañar, ya que, al no encontrar héroes vascos patrióticamente correctos (los de carne y hueso resultaban demasiado españoles: Juan Sebastián Elcano, Juan de Urbietta, Blas de Lezo, Cosme de Churruca, etc.), no tuvo más remedio que inventarlos, como hizo en su drama *Libe* (1903). Por último, los invasores, en vez de como leoneses, eran identificados genéricamente como españoles, lo que justificaba su condición de enemigos ancestrales de la nación vasca<sup>21</sup>.

Pese a la épica patriótica de Arrigorriaga, la aparición de la institución señorial habría tenido un efecto negativo a largo plazo: en 1379 el Señor de Vizcaya, Juan III, heredó el trono del reino de Castilla. Desechando la tesis fuerista del pacto con la Corona española, Arana interpretaba la integración histórica de Vizcaya en Castilla como una mera unión de ambos títulos nobiliarios en una misma persona. El hecho en sí no pondría en entredicho la inde-

---

<sup>21</sup> Jon JUARISTI: *Espaciosa y triste. Ensayos sobre España*, Barcelona, Espasa, 2013, pp. 39-76, y José Luis DE LA GRANJA: «Batallas de Arrigorriaga y Munguía», en Santiago DE PABLO et al.: *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 187-202.

pendencia del Señorío, ya que él entendía como tal el periodo de vigencia de los Fueros, pero fue el comienzo de su degradación y la razón última de la desgracia de los vascos.

Según el diagnóstico de Sabino, la libertad de Euzkadi duró hasta la conquista definitiva de la nación vasca (identificada con el bando carlista) por la agresora nación española (identificada con el bando liberal) en la primera guerra civil del siglo XIX. Lejos de confirmar los Fueros vasconavarros, la Ley del 25 de octubre de 1839 los había derogado: «Alaba, Gipuzkoa y Bizkaya, que desde que el hombre tiene memoria de la raza vasca habían sido independientes y libres, vinieron a ser entonces provincias españolas»<sup>22</sup>. La dominación de *Maketania* había pervertido a los vascos, el «nosotros», las inocentes víctimas, condenándoles a su presente decadencia. Sobre ellos pendía la amenaza de desaparecer como raza. En la dicotomía maniquea de Arana, «ellos», los malvados de la patria, eran tanto externos (los *maketos*) como internos (los vascos *maketófilos* o «españolistas», los autóctonos no nacionalistas). Entre la larga lista de agravios que había generado la presencia de esta anti-Euzkadi sobresalían la revolución industrial, el socialismo, la irreligiosidad, el librepensamiento, el crimen, la blasfemia, la degradación de la moral pública y el mestizaje racial.

El futuro utópico al que aspiraba Arana era una Euzkadi que hubiese «recuperado» su independencia originaria. Emancipados de sus conquistadores, las Provincias Vascongadas, Navarra y el País Vasco francés podrían formar Estados soberanos, teocráticos, racialmente homogéneos y unidos entre sí por vínculos confederales. El instrumento de la regeneración nacional habría de ser el PNV, el único y genuino representante de la nación vasca.

La estrategia a seguir se circunscribía a la lucha estrictamente política. Es cierto que Sabino fue autor de textos incendiarios en los que se exaltaba el odio racial a los *maketos* y se hacía gala de una gran violencia, mas su agresividad y sus llamadas al autosacrificio se quedaron en la simple retórica. En sus propias palabras, «me cuidaré bien, en las circunstancias actuales, de llamar a los bizkainos a las armas para rechazar la dominación española»<sup>23</sup>.

---

<sup>22</sup> Sabino ARANA: «Fecha nefasta», *El Correo Vasco*, 21 de julio de 1899.

<sup>23</sup> Sabino ARANA: «Primera estación», *Bizkaitarra*, 3 de marzo de 1894.

Aun cuando respetaron el hilo argumental que había establecido, una vez desaparecido «el Maestro», sus sucesores hicieron lecturas divergentes del canon. Generalmente el PNV se ha valido de una interpretación posibilista y gradualista (ergo, la autonomía y los cauces institucionales), lo que no contradice el mantenimiento de sus demandas de máximos<sup>24</sup>. En cambio, los nacionalistas más radicales, jóvenes exaltados la mayoría de las veces, han optado por fijarse en los elementos potencialmente belicistas. Fue el caso de las dos escisiones ortodoxas del partido lideradas por Eli Gallastegui (*Gudari*), el PNV-*Aberrri* (patria) en la década de 1920 y *Jagi-Jagi* (Arriba-Arriba) durante la de 1930, así como posteriormente de ETA y su entorno.

Tras una lectura literal del canon, y debido a la influencia de la exitosa rebelión del movimiento republicano irlandés, no faltaron las proclamas violentas entre los seguidores de Gallastegui. *Aberrri* anunció que un ejército vasco se había levantado contra la dictadura de Miguel Primo de Rivera: «Cercados, rodeados de enemigos y con las mejores posiciones desmanteladas nos alzamos, más rebeldes y decididos que nunca, y aprestándonos para la lucha lanzamos a los cuatro puntos cardinales de Euzkadi nuestro irrintzi [grito] de combate: ¡Lenago il!, ¡antes morir!, ¡antes perecer que resignarse a la esclavitud!». Al «vasco patriota» se le exhortaba así: «Levántate, limpia tus armas, como hizo el etxejojaun de Ibañeta en [la batalla de] Roncesvalles, y si tienes sangre en las venas y en el corazón esperanza, síguenos e incorpórate a nuestras filas»<sup>25</sup>. A la postre aquellos rebeldes no dispararon más que propaganda, ya que su resistencia fue esencialmente simbólica.

Durante la Segunda República los *jagi-jagis* retomaron la mística del tormento heroico. Armados, entrenados y encuadrados en una especie de organización paramilitar, protagonizaron enfrentamientos violentos con grupos juveniles de izquierdas que se saldaron con algunos muertos. Ahora bien, en esto los ultranacionalistas no fueron una excepción, ya que, como ha remarcado Fernando del Rey,

---

<sup>24</sup> Santiago DE PABLO, Ludger MEES y José Antonio RODRÍGUEZ RANZ: *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco*, Barcelona, Crítica, 1999 y 2001, 2 vols. (reed. abreviada, 2005).

<sup>25</sup> «¡Lenago il!», 10 de octubre de 1927, documento cedido por José Luis de la Granja.

la paramilitarización de la política fue un fenómeno muy extendido durante los años treinta. Además, si acaso la tenían, su estrategia insurreccional fue abortada por el estallido de la Guerra Civil<sup>26</sup>.

### La narrativa del «conflicto vasco»

Como había hecho con el resto de españoles, la contienda dividió en dos bandos a vascos y navarros. Tras algunas vacilaciones iniciales, el PNV se adhirió a la causa republicana, en la que ya se contaban los partidos y sindicatos vascos de izquierdas. Los combatientes adscritos al PNV, ANV (Acción Nacionalista Vasca), el sindicato STV (Solidaridad de Trabajadores Vascos) y *Jagi-Jagi* fueron conocidos como *gudaris*, que se distinguieron de los milicianos por el uso exclusivo de la simbología *abertzale*, por adoptar como himno el *Eusko Gudariak* (Soldados Nacionalistas Vascos), por formar una especie de ejército dentro del ejército republicano y por su particular percepción de la contienda, que consideraron la enésima invasión «española». En ese sentido, muchos de ellos creían estar luchando por la independencia de Euskadi. No pocos cayeron en combate o sufrieron la represión franquista. El nacionalismo vasco ya tenía héroes y mártires *de verdad*<sup>27</sup>.

Durante la dictadura la saga que había creado Sabino Arana se fue ampliando con nuevos episodios. Por una parte, la paulatina desaparición del carlismo permitió reducirlo a un mero prólogo del movimiento *abertzale*<sup>28</sup>. Por otra, la Guerra Civil (a la que casi siempre se evitaba llamar así) fue añadida al canon como su penúltimo capítulo. No se contó *lo que fue*, sino *lo que debería ha-*

---

<sup>26</sup> Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y Raúl LÓPEZ ROMO: *Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*, Madrid, Tecnos, 2012, pp. 46-49, y Fernando DEL REY: «La Segunda República y la violencia. Entre la cultura política y la acción revolucionaria», en Antonio RIVERA y Carlos CARNICERO (eds.): *Violencia política. Historia, memoria y víctimas*, Vitoria, Maia-Instituto «Valentín de Foronda», 2010, pp. 63-99.

<sup>27</sup> Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor! Nacionalismo y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 384-393.

<sup>28</sup> José Luis ORELLA: «La historia de una relación turbulenta: carlismo y nacionalismo vasco», *Aportes*, 32 (1996), pp. 115-131.

ber sido para respetar la coherencia interna de la narrativa aranista: la postrera «reinvasión» extranjera. Esa memoria distorsionada fue transmitida a una nueva generación por medio de la prensa de partido, la literatura, la música, las celebraciones rituales y los lugares de memoria, así como oralmente en redes sociales como la familia, la cuadrilla y sus rituales de ocio, la vida asociativa, el ámbito de la cultura en euskera y la Iglesia<sup>29</sup>. El relato se basaba en la tergiversación de los sucesos históricos (la guerra como una conquista española, el bombardeo de Guernica y la represión franquista como un genocidio contra el pueblo vasco, etc.), la *damnatio memoriae* de todo lo que no encajaba en el canon (los milicianos, requetés y falangistas vascos y navarros desaparecieron) y un maniqueísmo ramplón que abarcaba tanto la demonización del enemigo («español», «vasco no *abertzale*» y «fascista» se convirtieron en sinónimos) como la glorificación del *gudari*, que fue presentado a la juventud como un ejemplo a seguir<sup>30</sup>.

Cuando el imaginario bélico del nacionalismo era puesto en cuestión, aunque fuera por la pura evidencia empírica, entraba en acción el mecanismo de «la lógica narrativa» propia de un sistema autorreferencial y cerrado: aquello que no se adaptaba a los márgenes de la «verdad narrativa» era automáticamente descartado. El escritor Bernardo Atxaga cuenta una ilustrativa anécdota al respecto:

«De vez en cuando, el azar nos presentaba un caso que no encajaba en nuestra precaria ideología, pero nosotros no reparábamos en ello. Recuerdo, por ejemplo, que un campesino, hablando de una de las primeras víctimas de la guerra, un conocido carlista, dijo: *Banderan dena bilduta ekarri ziaten*, “lo trajeron totalmente envuelto en la bandera”. Nosotros pensamos que se refería a la verde, roja y blanca [la *ikurriña*]. Veíamos lo que necesitábamos ver y no teníamos dudas»<sup>31</sup>.

---

<sup>29</sup> Ander GURRUTXAGA ABAD: *La refundación del nacionalismo vasco*, Bilbao, UPV-EHU, 1990, y Alfonso PÉREZ-AGOTE: *El nacionalismo vasco a la salida del franquismo*, Madrid, CIS-Siglo XXI, 1987. Tomo prestado el término «reinvasión» de Manuel FERNÁNDEZ ETXEBERRIA (*Matxari*): *Euzkadi, patria de los vascos. 125 años en pie de guerra contra España*, Pamplona, Ami-Vasco, 1965.

<sup>30</sup> Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA: «Ecos de la Guerra Civil. La glorificación del *gudari* en la génesis de la violencia de ETA (1936-1968)», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 49 (2014), pp. 247-262.

<sup>31</sup> Bernardo ATXAGA: *Horas extras*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 57-58.



La propaganda sobre los héroes y mártires del nacionalismo vasco impactó profundamente en la nueva generación de *abertzales* que apareció en los años cincuenta y sesenta. El deseo de emular o vengar a los *gudaris* de 1936-1937 estaba a la orden del día tanto para los militantes de las juventudes del PNV como para los de ETA. Tenían que recoger la antorcha de manos de sus injustamente derrotados padres, quienes a su vez la habían heredado de sus antepasados carlistas, para seguir luchando en el secular conflicto étnico del que la guerra no era más que un acto más. La apoteosis de los *gudaris* fue simiente de los nuevos «*gudaris* de la resistencia», algo que los etarras reconocieron abiertamente en sus publicaciones. Por ejemplo, la ponencia aprobada en la III Asamblea de la organización (1964), obra de Julen Madariaga, estaba dedicada a «los *gudaris* de todos los tiempos» y «en especial, los de la guerra 36-37, víctimas de la última y más incivilizada agresión extranjera perpetrada contra Euskal Herria». El texto proponía que el activista de ETA se transformase en un «*gudari*-militante» para el cual «engañar, obligar y matar no son actos únicamente deplorables, sino *necesarios*»<sup>32</sup>. Tampoco fue casualidad que los etarras juzgados en el proceso de Burgos (1970) se enfrentaran al Tribunal cantando el *Eusko Gudariak*, con lo que alegóricamente se declaraban sus sucesores. Desde aquel día la escena ha sido repetida *ad nauseam* en ocasiones señaladas como el *Gudari Eguna* (Día del Soldado Nacionalista Vasco), inequívoca celebración de la continuidad entre los *gudaris* de hoy y de ayer<sup>33</sup>.

Los etarras mantuvieron el argumento central de la narrativa histórica que habían heredado de sus mayores, el enfrentamiento secular entre vascos y españoles, pero desecharon los elementos más reaccionarios de la doctrina de Sabino Arana (el racismo y el integristismo fueron sustituidos por el euskera y la identidad como fronteras de exclusión étnica) e hicieron más hincapié en la Guerra Civil que en periodos más lejanos de la historia. No obstante, también estaban influidos por otros factores. Por un lado, los métodos represivos del franquismo, su centralismo, su particular manipulación del pasado en clave ultranacionalista española y la marginación de la cultura en euskera ayudaron a que el canon fuera mucho más vero-

---

<sup>32</sup> «La insurrección en Euzkadi», en *Documentos Y*, vol. III, San Sebastián, Hórdago, 1979, pp. 21-70.

<sup>33</sup> Jesús CASQUETE: *En el nombre de Euskal Herria...*

símil que en vida de Arana. Por otro lado, los jóvenes ultranacionalistas contaban con patrones de conducta negativos (la pasividad del PNV, ante la que se rebelaron) y positivos (los exitosos movimientos anticoloniales que estaban emancipándose de las metrópolis europeas por medio de la violencia)<sup>34</sup>. Por esta vía, abierta por la controvertida *Vasconia* (1963), obra de Federico Krutwig, se introdujo en ETA tanto el tercermundismo guerrillero como un lenguaje marxista *sui generis* en el que se reescribió la narrativa aranista<sup>35</sup>.

Todo lo descrito, a lo que hay que sumar la falta de experiencia de los etarras (algo con lo que sí contaban los veteranos dirigentes del PNV, que se encargaron de frenar a sus, en ocasiones, demasiado entusiastas juventudes), invitaba a una lectura belicista de la saga *abertzale*, que fue precisamente la que hicieron los militantes de ETA. En palabras de Julen Madariaga: «Hace falta que el pueblo vasco se rinda a la evidencia de una vez por todas de que Euzkadi, es decir, nosotros, nos hallamos en estado de guerra con el ocupante extranjero, por obra y gracia de éste, no nuestra; estado de guerra que *no cesará* hasta que la última pulgada de nuestro territorio nacional no se haya liberado». La patria había sido conquistada militarmente por los españoles y la táctica del PNV, la de esperar la ayuda de las potencias occidentales, había fracasado. La única prescripción lógica y lícita para responder a la ocupación y salvaguardar la existencia nacional era la «lucha armada», la misma que habían dado los *gudaris* en la Guerra Civil. Como advertía un *Zutik* de 1964: «Nos consideramos en guerra con España y con Francia; ni más ni menos. Que no se diga a quien es víctima de una agresión de emplear tal arma o tal táctica; hemos perdido en 1937 una batalla pero no la guerra; la guerra no ha acabado». En otro lugar Madariaga escribía: «Nuestra política de defendernos de la violencia del tiránico ocupante por medio de la violencia *no la hemos elegido nosotros*, los vascos; nos la han impuesto. No hacemos sino aplicar el justísimo derecho a la legítima defensa». De no volver a tomar las armas, la nación desaparecería sin remedio. «Muchos años lleva ya nuestra patria Euzkadi sufriendo un geno-

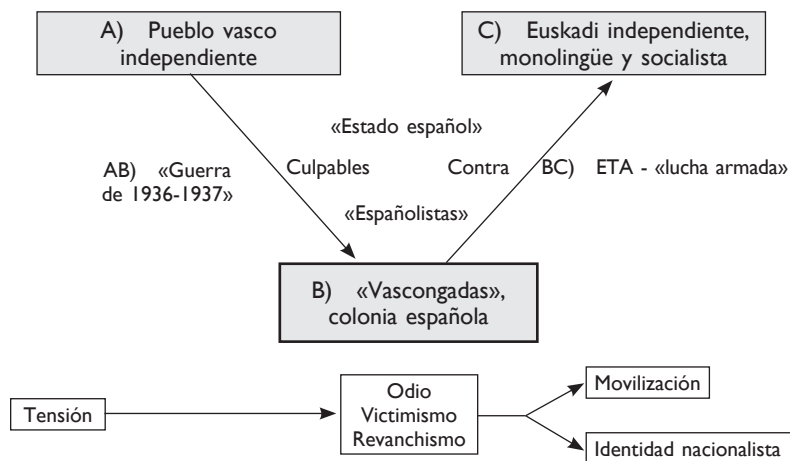
---

<sup>34</sup> Gurutz JAUREGUI: *Ideología y estrategia política de ETA. Análisis de su evolución entre 1959 y 1968*, Madrid, Siglo XXI, 1985 (1.ª ed., 1981), y Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA: *Héroes, heterodoxos y traidores...*, capítulo I.

<sup>35</sup> Federico KRUTWIG: *Vasconia*, Pamplona, Herritar Berri, 2006 (1.ª ed., 1963).

cidio sistemático por parte de sus opresores. En los últimos veintisiete años, desde que el ejército fascista del general Franco la conquistó por las armas, la opresión y genocidio se han acentuado», hasta tal punto que podía hablarse del «mayor y más sádico genocidio que han visto los siglos. El nazismo buscaba el aniquilamiento de la raza judía; su hermano de leche, el fascismo, intenta por todos los medios el aniquilamiento del alma vasca». Para ETA, «en la próxima década Euzkadi podrá escoger, por última vez, la resurrección o la muerte nacional». Los nuevos *gudaris*, por supuesto, escogían la primera alternativa, que implicaba acabar de una vez por todas con los tradicionales enemigos de la patria: los españoles y los vascos «españolistas», una categoría que abarcaba a los vascos no *abertzales*, pero en la que a veces también se incluía a los nacionalistas moderados. El futuro utópico al que aspiraba ETA era una Euzkadi independiente, «reunificada» (con la anexión de sus territorios limítrofes), monolingüe en euskera y ambiguamente socialista<sup>36</sup>.

GRÁFICO 3  
*El relato histórico de ETA*



Fuente: Elaboración propia.

<sup>36</sup> *Zutik*, núm. especial *Aberrri Eguna*, 1963; núm. 17, 1964, y núm. 18, 1964.

Los etarras estaban influidos por un contexto dictatorial, el modelo internacional de la descolonización del Tercer Mundo, el recuerdo idealizado de los *gudaris* y la versión más exaltada del relato histórico del nacionalismo. Pero no había nada escrito de antemano. Pese al título del presente artículo, no son los mitos los que matan, sino seres humanos con nombre y apellidos. En junio de 1968 los miembros de la dirección de ETA decidieron poner en marcha la espiral de acción-reacción-acción sobre la que llevaban años teorizando: provocar, mediante la «ejecución» de los jefes de la Brigada Político-Social de Bilbao y San Sebastián, una represión policial desmedida contra la población vasca. Cuando unos días después, adelantándose a los planes previstos, Javier Etxebarrieta Ortiz (*Txabi*) asesinó al guardia civil José Antonio Pardines, no estaba cumpliendo con un destino inevitable, sino ejerciendo su libre albedrío. Lo que, por otra parte, le condujo a su propia muerte a manos de agentes de la Benemérita. En venganza, el 2 de agosto de 1968 un comando de ETA acabó con la vida del comisario Melitón Manzanos en su casa de Irún. Tal y como se había previsto, la dictadura respondió al desafío de una manera torpe y brutal<sup>37</sup>. Siguiendo a Juan Aranzadi: «Las acciones de ETA y su deliberada *provocación de la represión indiscriminada* [...], al convertir en real lo que no lo era [la represión masiva y sañuda], permitieron que se presentara como explicación histórica del surgimiento de ETA lo que no es sino el más patético “logro” político y propagandístico obtenido por su violencia». El presente contaminó el pasado, generalizándose la idea de que los (nacionalistas) vascos habían sido las principales víctimas de la Guerra Civil<sup>38</sup>.

Los etarras transformaron un conflicto imaginario en un prolongado y sangriento problema en el mundo real. Primero, soñando con hacer de Euskadi la Cuba o la Argelia de Europa, pretendieron entablar una guerra revolucionaria; después, desde principios de los años setenta, se conformaron con el terrorismo. De cualquier

---

<sup>37</sup> Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y Raúl LÓPEZ ROMO: *Sangre, votos, manifestaciones...*, pp. 26-29. Sobre la interrelación entre el terrorismo etarra y la represión franquista véase Pau CASANELLAS: *Morir matando. El franquismo ante la práctica armada, 1968-1977*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014.

<sup>38</sup> Juan ARANZADI: *El escudo de Arquíloco. Sobre mesías, mártires y terroristas*, vol. I, *Sangre vasca*, Madrid, Antonio Machado, 2001, pp. 517-518.

manera, fueron los líderes de ETA de 1968 quienes activaron el larguísimo y dramático ciclo de violencia que casi ha llegado a nuestros días. Ésa es su responsabilidad histórica. Es exactamente la misma que pesa sobre los cientos de etarras que, siguiendo sus pasos y descartando otras alternativas viables, escogieron libre y conscientemente asesinar.

### Utilizar la historia para incitar al odio

Los miembros de ETA han creído estar participando en un enfrentamiento atávico, inevitable y noble que, como ya había indicado Madariaga, lo justificaba todo. Pongamos un ejemplo revelador. En 1962 Ramón Baglietto vio como pasaba por delante de su tienda una señora con un hijo en brazos y otro de la mano. A este último se le escapó la pelota con la que estaba jugando, por lo que salió corriendo detrás de ella, con tan mala fortuna que se puso en medio de la trayectoria de un imparable camión pesado. La señora se lanzó hacia él para intentar protegerlo, pero antes Baglietto le arrebató al pequeño. Madre e hijo murieron atropellados. El niño cuya vida había salvado el tendero se llamaba Kandido Azpiazu. En mayo de 1980 el automóvil de Baglietto, que había sido concejal de Azcoitia pero entonces era un militante de base de UCD, fue ametrallado por un comando de ETA militar cerca de Elgoibar. El vehículo se salió de la carretera y se estrelló contra un árbol. El conductor, aunque malherido, seguía con vida. El etarra encargado de rematarlo fue... Kandido Aizpiazu<sup>39</sup>. Cuando en 2001 un periodista alemán le preguntó cómo había sido capaz de matar a Baglietto, Azpiazu respondió que él no era un asesino, había actuado «por necesidad histórica». Acto seguido añadió: «Por responsabilidad ante el pueblo vasco [...], que nunca fue vencido por los romanos, ni por los visigodos, ni por los árabes. Un pueblo muy distinto al de los españoles»<sup>40</sup>. Estaba convencido de que formaba parte de una larga cadena de luchadores por la libertad. Antes de llevar a

---

<sup>39</sup> Pedro María BAGLIETTO: *Un grito de paz. Autobiografía póstuma de una víctima de ETA*, Madrid, Espasa, 1999. Véase también el documental *Trece entre mil* (Iñaki Arteta, 2005).

<sup>40</sup> *El País*, 14 de agosto de 2001.

cabo aquel atentado alguien le había señalado la «necesidad histórica» de la muerte de quien había sido su salvador. ¿Quién lo hizo? Probablemente personas de su círculo social o familiar más cercano, pero ellas, a su vez, también habían sido receptoras de aquella memoria distorsionada, de aquel mensaje de revanchismo y hostilidad. Como ha subrayado Martín Alonso: «Parece que está fuera de duda la existencia de un hilo de continuidad que lleva retrospectivamente desde los perpetradores materiales del acto final hasta los orígenes discursivos identificables en la obra de intelectuales de renombre»<sup>41</sup>. En nuestro caso hay que remontarse a la larga lista de intelectuales orgánicos de la «izquierda *abertzale*» que se han encargado de propagar la narrativa del «conflicto vasco» y, por tanto, directa o indirectamente han animado a los jóvenes vascos a unirse a la organización terrorista. Ellos también tienen nombres y apellidos, como demostró Raúl López Romo al analizar el discurso de algunos de sus principales exponentes<sup>42</sup>.

Sería demasiado prolijo citarlos a todos, pero merece la pena detenerse brevemente en el más importante de estos «demócratas», Telesforo Monzón, para comprobar hasta qué punto han germinado las semillas que plantó<sup>43</sup>. El que durante la Transición fuera líder carismático de HB (*Herri Batasuna*) (Unidad Popular) justificó el terrorismo aduciendo que los *gudaris* de hoy eran los genuinos sucesores de los *gudaris* de la Guerra Civil, cuando no de figuras muy anteriores: «Para nosotros Zumalakárregi en la primera guerra carlista, Santa Cruz en la segunda guerra carlista, José Antonio de Aguirre en el año 36 luchando contra el fascismo internacional y ETA, lo digo claramente, son una misma guerra. Guerra cuyo origen está en que nos robaron la soberanía de nuestro pueblo». Se trata de uno de los temas que más veces ha sido utilizado como legitimación histórica del terrorismo, aunque lo cierto es que la fecha inicial del «conflicto» nunca ha estado clara. Así, en un artículo firmado por HB en 1978 se calificaba a la batalla de Ronces-

<sup>41</sup> Martín ALONSO: «Estructuras retóricas de la violencia...», p. 107.

<sup>42</sup> Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA y Raúl LÓPEZ ROMO: *Sangre, votos, manifestaciones...*, pp. 255 y ss.

<sup>43</sup> La expresión es de Casquete, que define a los emócratas como «manipuladores de emociones con veleidades violentas». Véase Jesús CASQUETE: «La religión de la patria», *Claves de Razón Práctica*, 207 (2010), pp. 40-46, esp. p. 34.

valles como «la más grande victoria militar vasca en tiempos históricos», ya que había salvaguardado la independencia del «pueblo vasco» dando lugar al «reino de Euskal Herria» (Navarra). Se continuaba así la tradición iniciada por «los hechos sin duda heroicos protagonizados por Euskal Herria frente al imperialismo romano» y «la larga lucha de resistencia a los godos», que después se retomaría en «la secular lucha por los fueros y las libertades, hasta las acciones de los *gudaris* vascos en la última guerra y después de ella». No obstante, por lo general se ha preferido situar los orígenes del «conflicto» en el siglo XIX. Verbigracia, en 1985 la banda terrorista argüía que «estos ciento cincuenta últimos años se caracterizan por una continua agresión y ocupación armada dirigida por el poder centralista de Madrid, derivándose de ello la oposición de una intensa resistencia, sobre todo tras el nacimiento de ETA»<sup>44</sup>. En 2002 Batasuna publicó un documento en el que se podía leer que «nuestro pueblo lleva aproximadamente doscientos años sin conocer un escenario de paz estable». Pruebas de tal contencioso eran «las consecuencias represivas de la Revolución Francesa, las matxinadas [revueltas sociales], las sucesivas guerras carlistas, las dos guerras mundiales, el alzamiento fascista del año 1936, las luchas obreras y populares contra la dictadura franquista y la realidad del conflicto político en la actualidad». En resumen, «desde el siglo XVIII no ha existido ninguna generación que no haya conocido la guerra, la tortura y la cárcel. Esta realidad es la que le da carácter histórico, político y trágico al conflicto que vivimos»<sup>45</sup>. Para Arnaldo Otegi, «si uno repasa con objetividad la historia de este país descubre que en este país ha habido durante los últimos doscientos años al menos cuatro levantamientos armados [...] Nosotros siempre vamos a la raíz de las cosas y es evidente lo que para nosotros significan esos levantamientos armados: son el termómetro de una insatisfacción nacional evidente»<sup>46</sup>. En abril de 2013, Xabi Larralde, uno de los tres portavoces oficiales del partido *Sortu*, acudió a un juicio cele-

---

<sup>44</sup> Telesforo MONZÓN: *Herri baten oihua. Hitzak eta idatziak*, San Sebastián, Herri Batasuna, 1982, pp. 95 y 96; *Egin*, 5 de agosto de 1978, y *Zutabe*, núm. 42, octubre de 1985.

<sup>45</sup> BATASUNA: «Un escenario para la paz en Euskal Herria», 2002.

<sup>46</sup> Julio MEDEM: *La pelota vasca, la piel contra la piedra*, Madrid, Aguilar, 2003, p. 421.

brado en París para testificar a favor de los pistoleros acusados de haber asesinado a dos guardias civiles desarmados en 2007. Alegó ante el tribunal que no se trataba de «un delito de derecho común, sino hechos que se inscriben en un conflicto armado de origen político», ya que «desde mediados del siglo XIX hasta ahora no ha habido una generación de jóvenes vascos que no haya tomado las armas para defender derechos que les parecían legítimos»<sup>47</sup>.

Los intelectuales orgánicos de la «izquierda *abertzale*» llevan años dedicándose a completar y fijar el relato del «conflicto vasco», ya sea desde los ámbitos de la educación, el periodismo, la música, la literatura, las ciencias sociales o la historia. Citando a Hobsbawm, se puede decir de estos últimos que «son al nacionalismo lo que los cultivadores de adormidera en Pakistán son a los adictos a la heroína [...]. Lo que hace a una nación *es* el pasado, y los historiadores son sus productores». Huelga decir que no se refería a los historiadores rigurosos. En el caso que nos ocupa muy pocos de tales productores, entre los que cabe nombrar a Francisco Letamendia y José Mari Lorenzo, conocen los rudimentos del oficio, mientras que la mayoría carece de relación con la historia como disciplina. Se trata de propagandistas, como Iñaki Egaña Sevilla o Eduardo Renobales, caracterizados por su escaso aprecio a la metodología científica y la deontología historiográfica. Lo suyo es apuntalar, renovar o inventar los mitos de la «izquierda *abertzale*». Así, cada uno de sus libros es un emotivo capítulo que añadir a la saga de la secular guerra étnica entre vascos y españoles: nuevos paraísos perdidos (el ducado de Vasconia, el reino de Navarra, la Euzkial Herria foral, etc.), nuevas derrotas (1512, la toma del castillo de Maya, los procesos inquisitoriales contra la brujería, el incendio de San Sebastián de 1813, que ahora se pretende obra del ejército español, la caída de Vizcaya en 1937, la represión vista como un genocidio contra el pueblo vasco, el franquismo como un régimen ajeno al país, la Transición como inexistente, la España democrática como una dictadura encubierta, la Ley de Partidos de 2002 como un *apartheid*, etc.) y nuevos héroes (vascones, caballeros medievales, balleneros, piratas, guerrilleros carlistas, *jagi-jagis*, *gudaris*, etarras, etc.). Este revisionismo no resiste el análisis crítico, pero eso

---

<sup>47</sup> *El Correo*, 16 de abril de 2013.



es lo de menos; la verdad, a su modo de ver, no tiene que ver con la ciencia, sino con la fe en la causa. A fin de cuentas, no les guía el impulso de hacer historia, sino el de hacer patria<sup>48</sup>.

A pesar de su escasa calidad y su evidente propósito publicitario, la literatura militante tiene un considerable éxito. En gran medida hay que achacarlo a la muy eficiente industria cultural que le da su respaldo: asociaciones «por la memoria histórica», medios de comunicación, editoriales, una red de librerías afines, una fuerte presencia en las bibliotecas públicas<sup>49</sup>, el control de parte del sistema educativo y un entramado institucional con recursos financieros. Por añadidura, hay que tener en cuenta que ha ocupado un nicho en el que encontraba escasa competencia, ya que los profesionales de la historia desarrollaban su labor en unas circunstancias muy adversas. A esto hay que sumar, por último, el hecho de que hasta hace relativamente poco se ha descuidado la divulgación, cosa que, por suerte, está cambiando.

## Conclusiones

El papel histórico de ETA ha consistido en extorsionar, robar, amenazar, secuestrar, herir y asesinar. El de la «izquierda *abertzale*» en legitimar el terrorismo, para lo que se ha valido principalmente de la construcción y difusión de la narrativa del «conflicto vasco». Hoy en día tal imaginario conserva su utilidad, ya que da un sentido trascendental a todo lo que hicieron los etarras y quienes les aplaudieron. Sin el recurso a su particular relato no tendrían más remedio que admitir que su historia no ha sido más que un error que ha costado un enorme sufrimiento tanto al pueblo cuyos intereses decían defender como a la propia «izquierda *abertzale*».

---

<sup>48</sup> Eric J. HOBSBAWM: «Etnicidad y nacionalismo en la Europa de hoy», *Ingu-ruak*, 19 (1997), pp. 71-72; Antonio RIVERA: «Cuando la mala historia es peor que la desmemoria (acerca de los mitos de la historia contemporánea vasca)», *El valor de la palabra*, 4 (2004), pp. 41-72, y Santiago DE PABLO: «Silencio roto (solo en parte). El franquismo y la transición en la historiografía vasco-navarra», *Vasconia*, 34 (2005), pp. 383-406.

<sup>49</sup> Pedro CHACÓN: «Las bibliotecas públicas vascas y el independentismo», *Claves de Razón Práctica*, 230 (2013), pp. 70-79.

La revisión crítica de la narrativa histórica del «conflicto vasco» posibilitó la evolución de *Euskadiko Ezkerra* desde el independentismo violento de sus orígenes a la defensa pacífica del marco autonómico<sup>50</sup>. Los nacionalistas vascos radicales, los mismos que trataron a los *euskadikos* como traidores a la patria, no tienen intención de repetir aquel heterodoxo proceso de desmitificación, secularización y democratización. A decir del expolítico de HB y columnista de *Gara* Floren Aoiz: «Si alguien espera ver una nueva edición de la claudicación de EIA-ETA pm haría mejor en despertarse y pisar tierra firme»<sup>51</sup>. Muy al contrario, sabiendo bien a dónde conduce, la «izquierda *abertzale*» ha evitado en todos los sentidos el camino que tomaron los *euskadikos*. Los ultranacionalistas no están dispuestos a renunciar a su interpretación del pasado. No se han cansado de repetirlo.

Ya el 2 de octubre de 2011, tan sólo unos días antes de la declaración del «cese definitivo» de la banda terrorista, un editorial de *Gara* había avisado «a los que quieren un relato de vencedores y vencidos» de que «en Euskal Herria vencerá quien convenza, primero a los suyos y luego al resto. Los dirigentes independentistas ya han logrado lo primero y han hecho grandes avances en lo segundo. Los unionistas, ni lo uno ni lo otro». Un año después José Mari Esparza, director de la editorial Txalaparta, una de las piezas clave de la industria cultural ultranacionalista, deseaba «que la izquierda *abertzale* se nutra de su abnegado pasado, lo cultive en sus nuevos militantes y lo sepa transmitir, con humildad, a Bildu y al resto de la sociedad vasca. Porque ganada la batalla de la Memoria, habremos ganado todas. Y todos». En su comunicado con motivo del *Gudari Eguna* de 2013, ETA se negaba a «renegar de [su] trayectoria de lucha y asumir el relato de los opresores». En noviembre el presidente de *Sortu*, Hasier Arraiz, confirmando que «a día de hoy una de las batallas políticas principales es la batalla por el relato», rehusó «hacer un análisis autocrítico de nuestro pasado» tal y como le exigían «los demás», empeñados en «ganar en los libros de historia» las «batallas políticas que no ganaron en su momento». La oposición de HB a la democracia parlamentaria había sido «una elección

---

<sup>50</sup> Gaizka FERNÁNDEZ SOLDEVILLA: *Héroes, heterodoxos y traidores...*

<sup>51</sup> Floren AOIZ: «La imparable marcha del quitanieves», *Gara*, 17 de febrero de 2010.

que consideramos hoy más que nunca acertada». Arraiz concluyó: «Y no estamos dispuestos a rechazar ni a revisar nada de aquello. Es más, reivindicamos con todos nuestros errores lo que fuimos y lo que somos, lo que hemos hecho y lo que hacemos, como no puede ser de otra manera»<sup>52</sup>.

Salvando las distancias, da la impresión de que en el País Vasco se corre el riesgo de repetir el mismo fenómeno que, tras el ansiado fin de la violencia, se ha observado en Irlanda del Norte<sup>53</sup>. En vez de hacer un eventualmente doloroso pero cauterizador examen crítico de nuestro pasado reciente, una sustanciosa parte de la ciudadanía, probablemente de manera inconsciente, está tomando lo que podríamos calificar como atajos. Unos optan por la amnesia colectiva, que se resume en una conocida metáfora: pasar página cuanto antes, sin haberla leído primero. Otros se decantan por achacar el terrorismo etarra al nacionalismo vasco en su conjunto, sin más distinciones, como si el primero fuera consecuencia directa del segundo. Tampoco faltan quienes prefieren aceptar la narrativa del «conflicto», ya sea en su versión dura, la de la «izquierda *abertzale*», que ha tenido cierta fortuna en el ámbito internacional<sup>54</sup>, o blanda, la ambigua equidistancia entre «todas las violencias» (la de ETA y la del Estado) simétricas e igualmente responsables de la tragedia, teoría que el «tercer espacio» o «etnopacifismo» (*Elkarri, Lokarri y Baketik*) ha promocionado con bastante fortuna y que ha sido respaldada por un determinado sector de la clase política y de la academia no sólo en Euskadi, sino también en el resto de España, sobrepasando los contornos del nacionalismo radical. En ese sentido, es sintomático que el *lehendakari* Iñigo Urkullu haya colocado a Jonan Fernández, hasta hace poco cabeza visible del «etnopacifismo», al frente del área de Paz y Convivencia del Gobierno vasco<sup>55</sup>.

---

<sup>52</sup> Gara, 2 de octubre de 2011; José Mari ESPARZA: «El Sortu que yo quisiera», Gara, 12 de julio de 2012; Gara, 27 de septiembre de 2013; El Correo, 19 de noviembre de 2013, y El Mundo (País Vasco), 21 de noviembre de 2013.

<sup>53</sup> Véase al respecto la entrevista al historiador Henry Patterson en El Mundo (País Vasco), 30 de noviembre de 2013.

<sup>54</sup> El Mundo, 26 de diciembre de 2013.

<sup>55</sup> El término «etnopacifismo» es de Martín ALONSO: «La razón desposeída de la víctima. La violencia en el País Vasco al hilo de Jean Améry», Escuela de Paz, 18 (2009).

Tanto el olvido voluntario de nuestro pasado (por omisión) como la asunción acrítica del relato del «conflicto vasco» (por acción) suponen legitimar los cimientos intelectuales del terrorismo etarra: los mitos que matan. Si no los desactivamos, el caldo de cultivo que ha nutrido de significado al odio y la violencia se mantendrá latente bajo una fachada de normalidad democrática. Nada impediría que tarde o temprano Euskadi vuelva a sufrir sus consecuencias. Es un riesgo que la sociedad vasca ha de evitar. Y los historiadores podemos hacer algo al respecto: investigar con seriedad, rigor y método, sí, pero no para enterrar nuestros trabajos en las bibliotecas universitarias, sino para divulgar los resultados entre la ciudadanía. No se trata de sustituir unos mitos por otros, ni de hacer un uso instrumental de la historia, sino de contar las verdades incómodas, todas ellas, sean cuales sean, para evitar que queden sepultadas por la desmemoria o por una visión del pasado sesgada y parcial. Ése, en mi opinión, es nuestro deber cívico.